

Descorazonados

Ainhua Escarti



Capítulo 1

Descorazonados

Ainhoa Escarti

ISBN-13: 978-1499749144

ISBN-10: 1499749147

Copyright © 2014 Ainhoa Escarti

Todos los derechos reservados.

Puedes encontrarme para lo que quieras en:

ainhoa@ainhoaescarti.es

Toda la información:

www.ainhoaescarti.es

Si quieres sígueme en:

Facebook

<https://www.facebook.com/pages/Ainhoa-Escarti>

Twitter

<https://twitter.com/AinhoaEscarti>

Youtube

<https://www.youtube.com/channel/UC2AiY3bUFeVG0tsVUY14LGw>

Instagram

<https://instagram.com/ainhoa.escarti/>

Tumblr

<http://ainhoaescarti.tumblr.com/>

Google+

<https://plus.google.com/+AinhoeEscarti/posts>

Club de lectura

<https://www.facebook.com/groups/254460778071178/?pnref=lhc>

Concavidades y convexidades

Miraba de reojo el trozo de tobillo que el calcetín caído dejaba ver. Le encantaban sus redondeces, y la suavidad que se atisbaba. Más tarde siempre le recorría las manos pensando en todas sus posibilidades, su boca que no pedía besos era todo un reto a conseguir. Ella siempre acababa deslizando la mirada por su nuca, siempre le habían atraído las nuca con concavidades y convexidades perfectas. Sonó el timbre, la clase había acabado. Le mira irse con sus pasos lentos y sus ojos mirándola tras las gafas de sol. Ella no dice, no hace, solamente devora con ojos famélicos. Él espera a que ella emita señales que no sabe ver. Hasta mañana no podrá alimentarse de él.

La sorpresa

Esperaba tras la puerta en absoluto silencio. Ella tenía que llegar. Él iba a sorprenderla. Diez años juntos, era el momento. En su bolsillo guardaba un secreto, algo que ella le llevaba pidiendo hace mucho. Esperó y esperó. Se sentó en el suelo, allí tras la puerta, con la paciencia de un pluscuamjobiano. Ella no llegaba. Él empezó a pensar que tenía que haberla avisado de su llegada. Juan tras la puerta casi agazapado se durmió. Ana llegó como un torbellino despertándole. Pero Ana no estaba sola. Juan tras la puerta lo vio todo. Apretando con la mano la caja del anillo, esperó y esperó. El torbellino cesó y Juan decidió no volver a

celebrar un aniversario.

El sentido de la vida

Hacía tanto tiempo que no respiraba tranquila, que el aire nunca entraba y salía con continuidad de sus pulmones. Algunas veces la angustia le congelaba los sentidos, dejándola metamorfoseada en una neutra estatua marmórea. No encontraba sentido a la vida, se encontraba semirespirando, semiexistiendo en el vacío inseguro de lo que no es. Su situación era la de un trapealista que intentaba no caer de la delgada línea algunas veces quebradiza. No se quería mucho, sabía que no era importante y que los años acabarían corrompiendo lo que consideraba ya podrido. De esta forma desechaba su existencia sin saber muy bien qué hacer con ella. Pero un día que no era soleado, no tenía una temperatura especial, se trataba de un sucio, gris y trastornado como todos los demás, la cuerda se rompió. No pudo seguir haciendo equilibrios. Se quedó sin aire y perdió el conocimiento. Al despertar en el hospital no vio a nadie junto a ella. En ese instante supo la respuesta, no quería estar sola. Aquella iluminación era tan sanadora como complicada. Al principio se forzó y forzó a otros para que fueran amigos. Siempre supo que las cosas forzadas no eran reales, el autoengaño duró poco. Tras el tiempo no conseguía nada auténtico. De pronto, se le iluminaron las ideas. Nueve meses y 20 días más tarde, ya tenía compañía de por vida.

Noche de bar

La noche se presentaba como otra cualquiera. Sintió un zumbido en el oído que le hizo girar la cabeza. Por un segundo vio unos ojos de un marrón intenso, dueños de un fresco brillar. Y pensó:

Tengo que saber quién es.

Ella no era vieja pero sí mayor que él. Se puso colorada al ver que ese chico se le quedaba mirando a los ojos. Él continuó mirándola, comiéndosela con los ojos con un tipo de hambre tan voraz que ella suponía que guardaba ansia de años. Ella en un acto de valor, se insinuó levemente con un gesto que acababa con un sinuoso cruce de piernas. Él de pronto se ruborizó. Alguien le silbó, era una chica. Él sin mirar nada más allá de la dueña del silbido, se fue. Abandonó el bar, y no recordó los ojos marrones. Ella con la feminidad herida, decidió curarla con el primero que se ofreció.

Despedidas vitales

Me siento tan sola y abandonada simplemente porque no estas como antaño. Llevo meses echándote de menos en lo que no haces y no dices. Sueño, soporto, añoro, sufro, lloro, intento que todo vaya bien, cargo con todo el peso..... Para nada. ¿De qué me sirve que me digas las cosas en el último momento? ¿De qué sirve soportar todo lo que haces y lo que no haces llorando cada día? ¿De qué sirve creer tus promesas? ¿De qué sirve prestarte atención, cuando jamás serás capaz de pensar en mí aunque me asfixie en mis circunstancias? La vida nunca fue buena del todo conmigo, es probable que por eso ya no sepa vivir. Pero sé las cosas que quiero y las que no quiero, sé el tipo de vida que quiero vivir. Y eso es justamente lo que quiero y voy a hacer, vivir justamente como siempre he querido. Mirar por mí, ser por un momento vital, la protagonista de mi respirar. Y en este nuevo mundo no hay sitio para las cosas que no quiero, no hay sitio para ti.

Ceguera voluntaria

Te miro, no quiero verte, no existes...

Miradas

En el momento en el que Pablo dejó de mirar a María, ninguno de los dos se dio cuenta. El día que María empezó a mirar a otros hombres, tampoco se dieron cuenta. Empezaron a darse cuenta que todo había acabado cuando preferían mirar la pantalla de su Tablet a mirarse a los ojos.

Todas las mujeres me hablaban de ti

Todas sus relaciones acababan igual. Gritaban 'gilipollas' y le hostiaban la cara. A él le daba realmente igual, tenía muy claro lo único que quería, y no le interesaba nadie para realmente nada más. Al menos era sincero, pero ninguna de ellas le creía. Siempre se presentaba igual:

Buenas, soy Ramón, y lo único que puedo ofrecerte es la mejor noche de

sexo de tu vida.

Ellas siempre se reían, y él poco a poco se las acababa camelando. Todo debe decirse, no era un mentiroso total, lo del sexo era verdad, pero quizá cojeaba en eso del mejor de su vida. Sus amigos nunca entendieron su éxito. No era extraordinariamente guapo, nunca era el más atractivo de la sala, pero siempre que salía de caza se llevaba una presa. Cuando las chicas volvían a su casa siempre después del polvo, ya que quedarse a dormir estaba estrictamente prohibido, siempre se iban enfadadas. Él, a las siete de la mañana, las despertaba antes que se durmieran del todo, sucediera lo que sucediera, y les decía:

Ya está abierto el metro, ¿por qué no te vas?

Cuando se quedaba solo, sacaba la foto de Amaya. Miraba esa imagen hasta quedarse dormido, preguntándose por qué nunca era ella.

Sara y Alberto

Sara rompió con Alberto sin previo aviso. Estaban en niveles diferentes de la vida. Él seguía siendo un adolescente, ella quería avanzar, evolucionar. Alberto era realmente feliz con su curro, los videojuegos, los colegas, el fútbol y el porno. Sara, durante una cena en la que unos amigos anunciaron que iban a ser padres, supo que no quería tener 35 y seguir atascada en los 20. Alberto no se dio cuenta de lo que había perdido hasta que pasó su primera noche sin Sara. No podía dormir sin ella, le faltaba su cabeza sobre el pecho, el olor de su pelo, e incluso le faltaban las uñas largas que siempre le acababan haciendo arañazos. Tardó mucho en darse cuenta de ello, tardó mucho en ver lo que Sara necesitaba. Cuando al fin se puso su armadura de caballero andante para ir a buscar a Sara, era tarde. Alberto buscó a otra para poder volver a dormir. Sara encontró a alguien con el que empezar a vivir.

Olvidar

Te estoy mirando, ya no te veo.

Desabrochado

Escuchaba atentamente su música, absorta en su mundo. Siempre hacía lo mismo en el autobús, se aislaba de todo y de todos. Delante se sentó una joven, todo lo contrario a ella. Una de esas que nadie se para a mirar. Al principio la miró sin mirar. Luego le entró curiosidad, al verla leer el mismo libro que cada noche leía. Entonces empezó a descubrirla. Miró sus zapatos, miró su ropa, y se detuvo en un botón de la camisa. Estaba desabrochado, y permitía entrever un sujetador con corazones amarillos que dejaban muy poco a la imaginación y mucha piel que ver. Su mirada se quedó fija en el botón, como si no existiera otra cosa en el autobús. Cuando la chica se levantó y se fue, siguió el ritmo de sus pisadas, y algo dentro de ella le hizo seguirla. En plena persecución se paró en seco y se preguntó por qué nunca un botón de su novio le había turbado tanto.

Perdidos

Los pájaros no sabían dónde anidar. Estaban perdidos como yo. Sin atisbo de esencia animal, vagabundeando sin rumbo ya nada era lo mismo. Ahora sin instinto, eran como yo... animales sin hogar, sin camino. Ahora estaban perdidos.

Lilith's Place

Era la primera vez que entraba en una sala de ese tipo. Todo era rojo o de cuero. Tenía miedo pero desde que entró por la puerta se le puso dura. Él a sus 35 años ya se había follado, fumado y bebido todo. Buscaba nuevas experiencias, y las encontró por la Red. A veces la Red no era suficiente, encontró el "Lilith's Place". Sudor, hormonas, cuero y charol. Era la extraña mezcla que aquel lugar emanaba desde la puerta. Nada más entrar se le acercó una rubia platino escultural con uniforme militar. Con una voz ruda y señalando la parte derecha del pasillo, le dijo:

¿Gutiérrez?

Él asintió con la cabeza y se dirigió a la parte derecha del pasillo. De una puerta en el lado izquierdo del pasillo salió una mano enfundada en un guante de cuero verde que de lejos preguntó:

¿Gutiérrez?

Movió un dedo indicando que tenía que entrar. Entró en la sala y vio todo lo que había pedido. Sus perversiones más absolutamente oscuras. Antes de entrar por la puerta ya había sucumbido a la excitación. Con la mente clara y fría del después, le echó un ojo a todo, miró sus pantalones manchados y salió corriendo del "Lilith's Place". Llegó a su casa, se metió en la cama, subió el camisón de su mujer y pensó en lo acogedor de las perversiones mundanas.

El descubrimiento

Entonces supe que él no era para mí y que seguía más sola que nunca. El espejismo se había desvanecido. Otra vez estaba desolada, vacía y nada de mi mundo parecía gran cosa. Miro el espejo y arrastro mi puño de forma veloz, decidida y potente, lo rompo en varios pedazos y veo la sangre cayendo. Y aunque mi mundo cambia en el espejo, sé que yo no soy ese reflejo.

Los zafiros

Su abuela antes de morirle le dio una caja y dentro de ella los pendientes que su abuelo robó de una joyería. Los zafiros brillaban sin cesar, incluso cuando la luz no les daba. Él tardó en entender la función de los pendientes. El tiempo siempre pasa, incluso cuando no nos damos cuenta. El tiempo pasó, y él no se dio cuenta. Pasó de la adolescencia a la edad madura en un suspiro, sin percatarse, sin notar que el ser adulto era necesario. Rebuscando en los cajones Julia encontró los pendientes. Julia nunca fue el amor de su vida, era simplemente una, sin más, una. Cuando Julia abrió la caja y admiró los zafiros, pensó que ellos indicaban algo, una promesa, un compromiso, un futuro, una vida. Volvió a poner los pendientes en su sitio como el gato curioso que intenta fingir que no ha pasado nada, pero su sonrisa reluciente, relampagueante, la delataba. Pasaron los días y ella pensó que quizá él era tímido, le daba miedo, no se atrevía. Para hacerle sentir cómodo, poco a poco se fue amoldando a todo lo que él necesitaba, y se acabó haciendo indispensable. Él se acostumbró a la vida fácil y cómoda que paulatinamente ella le fue ofreciendo. Algunas veces en secreto, cuando estaba sola, abría la caja de los pendientes y suspiraba. Se hicieron demasiado mayores para los sueños radiantes de ella. Cansada, llena de tedio, cogió la caja de los pendientes y se los ofreció en el plato de la comida. Él se quedó realmente extrañado y dijo:

¿Cómo los has encontrado?

Ella volvió a suspirar. Entendió que nunca habían sido para ella. Entendió que sus sueños nunca habían sido reales, siquiera una promesa de realidad. Él abrió la caja y le preguntó con un tono de inocencia que a ella le resultaba ofensivo:

¿Los quieres llevar para la boda de Javi?

Nuestra muerte

No quedaban libros, no quedaban palabras, no quedaban sonidos, no quedaban miradas, entre tú y yo tan sólo quedaba un mundo, un universo que nos separa alejándonos el uno del otro.

La sesión golfa

Intentaba ver la película. Estaba sentado en una especie de isla. No había nadie ni a su derecha ni a su izquierda. Donde alcanzaba la vista no había nadie, estaba en la isla. Solo en su butaca. A lo lejos, en lo que parecía la penúltima fila, se escuchaba a alguien. A él le encantaban las sesiones golfas. Sentía el cine para él solo, un lujo indescriptible, sobre todo porque no le gustaban las personas. Acabaron los anuncios y empezó la película. Era francesa. Repentinamente en la penúltima fila empezaron a escucharse unos sonidos bastante extraños y desconocidos para un ser tan solitario como él. En las sesiones golfas de aquel cine casi en ruinas él siempre se había sentido el rey. Los ruidos seguían y él empezaba a estar un poco incómodo. Estuvo incluso a punto de abdicar de su reino. Los ruidos cada vez se escuchaban más altos, más profundos. Él decidió esconderse en su butaca. Acabó la película y esperó a que los de la penúltima fila salieran. Fue cuando le vio, con una mujer. Él que le juró amor eterno, él que hace diez años rompió todo lo que le quedaba de su humanidad.

La mirada a lo ajeno

Observaba la vida ajena llena mientras la suya estaba vacía. Durante un tiempo parecía que ya no sólo miraba, sino que comenzaba a participar de la existencia dejando su rol de espectador por el de actor. Nada era como pensaba, un día la verdad le explotó en la cara causándole daños irreparables que sólo se curarían con un médico que era la sanadora

solución. No acudió en su ayuda.

Vaciar el armario

Últimamente solía sentarse delante del armario. Miraba todas las cosas de ella haciendo un recorrido casi biográfico de todo lo que había sido su historia. El horrendo vestido amarillo que llevaba cuando se conocieron. Los zapatos que le regaló cuando ella se quedó descalza en la calle. Cada prenda tenía una historia. Llevaba demasiado tiempo esperando a no deshacer el armario. Ya tenía las cajas. Ya sabía qué hacer con todo, pero se aferraba a cada hilo de cada ropa. A él nunca le había costado empezar de cero. Lo había hecho muchas veces hasta que la conoció. Fue justamente entonces cuando dejó de querer volver empezar para simplemente seguir. No podía dejar de mirar la ropa del armario, no podía dejar de recordar. Empezó a escribir etiquetas con lo que había pasado con cada prenda. No se fiaba de su memoria, la memoria está hecha de imagen y niebla. Todo empieza como imagen, pero acaba en niebla. Ella empezaba a ser niebla. El niño empezó a llorar. Él robotizado por la ausencia de corazón fue a ver qué pasaba. El niño sonrió al verle y en ese momento él supo que por esa sonrisa ella nunca se convertiría en niebla.

Ella

Ella lo exageraba todo, no tenía que ver con que fuera o no andaluza, tenía que ver con que llevaba una triste y vacía existencia que se iluminaba con cualquier cosa. Entonces dejó de exagerar, él apareció.

Crónica de la muerte de un corazón

Cuando te vi por última vez me di cuenta que tras de ti se fue mi existencia. Supe que eras mi vida y mi agonía, mi luz y mi tormento. Desde que te marchaste mi vida no era más que un espacio limitado de tiempo que relleno con cosas insustanciales. Paraste mi vida en seco y ya nada volvió a ocupar su lugar. Luego cada día que pasaba sin ti no era más que vivir en perpetua agonía. Me miro al espejo y me digo:

Te fuiste, sé que no volverás.

Pero tan sólo me queda la esperanza de lograr mantenerte intocable en mi memoria. Con el paso de los días no abría ventanas ni encendía luces por no ver los colores que se teñían oscuros sin tu luz. Al cabo del tiempo me

levanté y me dije a todo pulmón:

No te puedes alimentar de amor, porque él te consume.

Una vez sanada la herida, todo acabó.

El culo

Estaba obsesionada. Hacía todo lo que leía en las revistas que había que hacer, hacia todo lo que leía en internet que había que hacer. Pero tenía 40 años, era imposible, su culo no era el de antes. Se reía de ella misma cuando recordaba a una amiga con un cuerpo absolutamente excepcional que le decía:

¡Bah!, no te preocupes. Tener hijos no se nota tanto.

Allí estaba ella, tras 2 hijos, un divorcio y 40 años. Cuando Diego iba a recoger a los niños los fines de semana, ella se quedaba hipnotizada con la perfección del trasero de Elisa. Elisa tenía 26 años, ella se dio cuenta que ya no estaba en la liga de Elisa. Ella se sentía joven, todas sus amigas decían los 40 son los nuevos 30, los nuevos 25. Ella no se lo terminaba de creer. Tras acostar a sus hijos a las 9.30 caía como si fuera un saco viejo de al menos 90 años. Llegó el día, sobrepasó la barrera, cumplía 41. La celebración fue absolutamente familiar. Y tuvo que soportar a Diego. La dictadura de los hijos a veces era humillante. Con los invitados fuera y los niños acostados, recogía las cosas con la parsimonia de alguien que más que vive está comatoso. Diego se acercó a ella, le agarró el culo y le susurró al oído:

¡Cómo lo echaba de menos!

Después de ti.

Cuando te fuiste decidí amputarme el corazón y todavía me sangran las heridas. Yo que siempre pensé que eras de luz e inocencia, yo que siempre pensé que sanarías más que desangrarías, yo que siempre pensé que lo recompondrías y no lo ennegrecerías. Y tuve que ver que eras de sombra y perversión, yo que tuve que ver cómo me inutilizaste el corazón,

yo que tuve que arrancármelo para no verme corroído por tu hiel, por tu veneno, por tu esencia. Ahora que vivo sin corazón, ahora que pese al tiempo duelen las heridas, ya no te pido que lo sanes, ahora sólo te pido que desaparezcas, que te evapores. Prefiero seguir sangrando, prefiero seguir herido a ni sentirte ni respirar cerca. Simplemente vete, simplemente muere.

La mediocridad del deber ser

Marta le dijo que él era perfecto. Ella se lo pensó muchísimo y al final accedió. Empezaron a escribirse, a ella le daba mucha pereza quedar en persona. Una noche, tras demasiados tequilas, cansada de los hombres, cansada de la noche, cansada de los supuestos medios de conocer a tu hombre ideal, le llamó. Pasaron dos días y al fin se vieron. Él derrochaba ilusión, ella era como una bombilla apagada. Se sentaron, completaron todos los rituales, todas las conversaciones vagas. Ella intentó ser todo lo que debía ser. Sin que ella se diera cuenta, él empezó a apagarse, poco a poco, despacio, como se va apagando una vela a la que apenas le queda mecha. Se quedó callado unos minutos y entre dientes dijo:

Pensé que eras especial pero resultaste ser mediocrementemente común.

Ella se levantó de la mesa con la poca dignidad que le quedaba. Él pagó y se fue. Él decidió no volver a conocer a la amiga perfecta de nadie. Ella decidió dejar de esconderse en el deber ser.

Tras el pueblo

Desde que volvió del pueblo nada había sido igual. Todo empezó la mañana que se sentó delante del lienzo y no podía pintar. Luego dejó de esculpir. Y al final dejó lo más importante, su cabeza se quedó muda y no pudo volver a escribir. Empezó a beber, empezó a fumar y empezó a otras cosas. Intentó motivarse, intentó despertarse y siempre se encontraba con un vacío, con la nada. Enfurecida, acabó gritando:

Estoy cansada de las ideas infructíferas por la vasectomía emocional.

Nadie la escuchaba. Desde que volvió del pueblo había estado sola. En el pueblo se habían roto muchas cosas. En el pueblo se quedó sin alma, sin corazón y sin humanidad. En el pueblo vio el vídeo y recordó cuando se lo arrancaron todo.

Paula

- ¿Tienes el móvil pitopaúsico?

Le dijo aquella desconocida con mirada inquisitorial. Revisó mentalmente cada una de las chicas que lograba recordar, y no aparecía la cara de ella. Empezó a preocuparse levemente al ver que ella sí tenía su teléfono. Por más vueltas que el daba, no lograba acordarse de ella. Sin dosis de alcohol, era incapaz de admitir que no recordaba su nombre. Ella cada vez estaba más cabreada. El instinto le decía que se llamaba Paula. Se arriesgó e intentó consolarla diciéndole:

- Paulita, Paulita, probablemente tengas mal mi teléfono.

Ella le dio una bofetada, le tiró el móvil contra el suelo y se fue. La curiosidad por momentos le quemaba por dentro, tenía que saber más de ella, daba igual la manera y daba igual que ella no estuviera por la labor. Juan era tremendamente cabezota, tanto que de pequeño logró que le llamaran Jesús, porque siempre había pensado que el apóstol Juan era un pringado, y él no quería ser un pringado. Fue tras ella, le acarició el hombro y con su voz más insinuante intentó recompensarla alabándola, sonsacándole información. Se abrazaron intensamente. Ella de repente se quedó callada y empezó a aligerar el paso. Él se quedó mirando al suelo unos minutos, sin saber que más hacer. Juan empezó a escuchar su nombre a gritos, y la voz le sonaba, era su mejor amigo. Se giró y empezó a escuchar el zumbido del motor de un coche a plena velocidad. Sin poder hacer nada, vio una sombra que le robaba su flamante Porsche amarillo y se llevaba a "Paula".

Carlos

- Tiene una forma de comenzar las conversaciones que les pone término.

Le dijo Diana cuando conocieron a Carlos. Montse no quiso hacer caso, ni de esa ni de ninguna de las cosas posteriores que dijeron sus amigas. Ella quería a Carlos, le adoraba con sus imperfecciones incluidas. Se casaron y pasó el tiempo, las amigas dejaron casi de serlo y el mundo era Carlos. Carlos y su trabajo, Carlos y sus amigos, Carlos y los deportes, Carlos y su familia, Carlos y los domingos, Carlos y las borracheras, Carlos y los gritos, Carlos y una bofetada. Siempre había escuchado que todo empezaba con una bofetada, pero en su caso no fue una, fueron dos. Ella quería a Carlos, miraba por Carlos, existía por Carlos, respiraba por Carlos. Llegó lo que siempre llega después, una patada y al suelo. Pero fue primero un empujón y luego la patada. Luego llegó el niño y Montse se convirtió oficialmente en una esclava del falocentrismo fascista de su casa. Pasó el tiempo y siguieron pasando cosas, además el niño se hizo mayor. Montse decidió acabar con todo. Una tarde, con su hijo convertido en Carlos, cogió las maletas para no volver.

La danza de la morsa

No había nacido con el ritmo en sus pies. La música sonaba y la realidad difería muchísimo de aquel bamboleo que él llamaba bailar. Él no sabía que todo el mundo se quedaba mirando y se reía. Pero su mundo, su vida, era bailar, y cada vez que llegaba a casa del instituto lo hacía. Bailaba, simplemente bailaba. Su hermana ya no sabía qué hacer, para ella el instituto se había convertido en una pesadilla, con un hermano morsa-danzante. Todos se metían con ella, también con él, pero él vivía en su mundo. Al final ella tuvo que tomar una decisión. Fue al cuarto de su hermano y le dijo:

O dejas de bailar o dejas de ser tu hermana.- Y con todo el desprecio del mundo, con el mismo gesto que ponía cuando tenía que comer acelgas, le escupió – Eres patético.

Él empezó a reírse, esa posibilidad no entraba en su cabeza, sabía que su hermana obviamente estaba de broma. Pero ella había tomado la decisión. Primero dejó de mirarle en el instituto. El mismo día dejó de hablarle. Le costó solamente una semana simular que no tenía hermano.

En su casa pasó lo mismo, despacio, sin prisa, pero ya no existía con él. Al siguiente curso él seguía bailando y ella al fin logró ser popular.

Sólo pueden ser los marrones

Marrones, él tenía unos zapatos marrones y no los encontraba. Necesitaba esos zapatos marrones, eran los únicos zapatos de vestir que tenía. Llegaba tarde, siempre llegaba tarde. Sabía que si llegaba tarde hoy le matarían, o casi, pero los zapatos marrones no aparecían. Buscó por toda la casa semidesmantelada. Hacía meses que su casa se debatía entre el caos y la dejadez. Marrones, ¿dónde estarán los zapatos marrones? Se sentó en la cama despeinándose el pelo rebelde que tanto le había costado peinar. Ya había revisado cajones, armarios, incluso había bajado al trastero. El teléfono empezó a sonar, y fue cuando supo que ya era casi demasiado tarde. Llamaron al timbre y como un tornado llegó su madre. Le miró y sacó de debajo de la cama justamente a su derecha los condenados zapatos marrones. Le insistió en que se diera prisa, se montaron al coche, fueron a la iglesia, y él pensó: Si no creo en Dios. Se puso los zapatos marrones. En menos de una hora dijo Sí, se puso el anillo, la besó. Cuando salió de la iglesia aturdido pensó en la posibilidad de no haber encontrado los zapatos marrones.

Margaritas muertas

Pintaba margaritas muertas en una hoja del periódico, mientras se le resistían las últimas palabras del crucigrama. Al rendirse y dejar algún hueco vacío o incorrecto, deslizaba sus ojos hacia las flores pintadas. Cerraba los ojos y la pesada losa que llevaba encima caía un poco más. Todos iguales, los días, la llevaban de un monótono vacío que le arrancaba lágrimas de amargura al pensar que la vida era sólo eso. Esperó tanto de la vida y esta le dio tan poco que se sentía muerta, acabada. Era joven, pero cada día menos. Se sentía vieja, agonizando, desesperada y triste. Pensaba, repensaba, miraba, aprendía, leía, pero el vacío aún continuaba. Ella era un vacío. Y su vida tan inauténtica como sus margaritas junto al crucigrama, solía tener ganas de llorar. Ella ya no era alegre precisamente. Ahora era como un saco triste y sin ganas, infructuosa como las yemas margaritas que había dibujado, unas que jamás vivirían.

Nunca serás

Nunca serás. Nunca fuiste. Nunca vas a ser. Nunca vas a existir como persona, no tienes humanidad, no tienes corazón, y si lo tienes, es como una pepita de uva marchita de la que ya no se puede sacar nada. Dijiste que eras, dijiste que fuiste, dijiste que serías. Las mentiras siempre son tu aliado, usas y desusas las palabras, como si fueran notas en la imperfección de tu sinfonía incompleta, ajada, marchita, por tu falta de sentimientos. Yo fui y dejé de ser, pero yo sí seré. No seré negrura y vileza, como tú, engendro. Más que darte a luz a ti te cagaron en el mundo. Yo seré y seré sanación y esperanza. Sanación por todas las heridas que dejaste marcadas y ahora a mí me toca lamer. No seré sanación para ti, no me vengas con tus heridas candentes, sangrantes a pedirme que te las lama, no lo haré. Seguramente si las lamiera tragaría hiel y moriría en la corrupción de lo podrido. Nunca serás, nunca fuiste, nunca vas a ser.

El fin de la sequía

Llevaban seis meses sin hacer el amor. Ella sabía que si no echaban un polvo rápidamente aquello acabaría. Quince años de relación, cinco de matrimonio, ningún hijo, dos perros y ni un recuerdo bueno de un polvo con él en los últimos dos años. Un día le descubrió leyendo aquel libro lleno de esposas, látigos y demás juguetes. No sintió nada. Ya le daba igual lo que él hiciera, aunque fuera en la absoluta soledad del libro y el baño. Se sentó en el sofá mirando a los perros y se preguntaba:

¿Me llevó a los dos o le dejó uno?

Él la llamó, y le dijo que se acercara. Ella seguía pensando en los perros cuando fue a la habitación y le descubrió atado a la cama. Ella sonrió, dejó de pensar en los perros y se planteó la posibilidad de comprarse un látigo.

Lara, Sara, Ana

En las cartas que iban a su nombre, siempre se confundían las letras, incluso de sus apellidos. Nunca se había acostumbrado, y algunas veces pensaba en que dejaría de ser Lara para convertirse en Sara. Le resultaba bastante cómico. Hasta que llegó un día que no le importó llamarse Sara.

Ese día apareció su cartero, al que nunca había visto la cara, ni los hombros, ni el torso, ni el resto de su perfecto y tuneado cuerpo. Justamente cuando le vio, le dio igual llamarse Lara, Sara o Ana.

Cuando Fausto encontró a Mefistófeles

Cuando Fausto vio por primera vez a Mefistófeles, pensó en la posibilidad de una indigestión. Al fin y al cabo, comer cordero por la noche ya le habían dicho que no era realmente bueno. Mefistófeles, conocedor del sentir de Fausto, decidió presentarse otra noche. Esa noche Fausto empezó a creer que Mefistófeles era una broma. El locuaz demonio empezaba a irritarse, pero el alma de Fausto era un bocado realmente succulento. La tercera noche Mefistófeles puso todo su encanto. Tanto encandiló al pobre Fausto, que el simple hecho de una vida eterna con Mefistófeles hubiera sido suficiente pago por su alma.

El beso eterno

A Sara le gustaba más irse que regresar. Tras años de ausencia regresó con mayúsculas a donde siempre le daba pereza regresar. Sara era una persona muy diferente a la que se fue, pero hay cosas que nunca cambian. Ella había intentado olvidarlo todo, incluso olvidarlo a él. No regresó allí por ningún motivo, simplemente echaba de menos las calles, el olor a mar, y las gaviotas. Recorrió uno a uno todos los sitios de su infancia, de su adolescencia, recordando únicamente las cosas buenas. La ciudad era pequeña, y no pensaba encontrarle, aunque sus sueños dijeran otra cosa, aunque en el fondo de sí misma una Sara adolescente chillara, arañara, pataleara por las ganas de verle. Y sucedió. Le vio por pura casualidad en lo que podría ser la definición viva de la felicidad. Hijos, mujer, etc. Él la reconoció pese a los años, pese a la vida. Se miraron y sus ojos se dijeron todas las cosas que callaron durante los cinco años de coexistencia. Él dejó al niño en el suelo y se acercó a ella, como si un imán tirara de él. Sin ser consciente de dónde estaba ni con quién estaba, más allá de ella, la agarró por la cintura y la besó. Nunca un beso fue tan verdadero, tan profundo. En un beso se resumió toda una vida de besos no dados. No se dijeron nada. Volvieron a besarse conscientes de ellos, inconscientes de lo que había alrededor. El mundo entero, el universo, era ese momento y ese beso.

